

Potentes son y cada vez más ruinosas esas morbosidades inventadas ó renovadas por los menos laboriosos en daño de los demás. Ya tan menguada es en algunas formas de la producción útil, la marcha ascendente del civilismo que al cesar un abuso surge otro, con lo cual las servidumbres cambian de nombre pero no de índole, por más que ahora son difíciles de ocultar, dada la creciente facilidad de comunicar gráficamente el pensamiento y viajar internacionalmente los obreros y los burgueses ilustrados ó tan sólo curiosos, industriales, etc.

Ante el espectáculo que ofrecen las clases burocrática, mercantil, industrial, comercial, etc., en materia de servicios y cargos, atendiendo más fácilmente al lucro que al patriotismo y no poniendo la honradez sobre todas las cosas sociales, resulta muy arduo hallar no el remedio á tantos males, sino el hombre y la institución capaces para aplicarlo. Algo así como plan sanitario para extinguir la lepra ó el *tifus famis*, pues se trata de miseria orgánico-cerebral en lo más íntimo de la desintegración sufrida por esos pueblos incapaces de luchar noblemente en las lides de la producción de ideaciones y artefactos, anemiándose en plena decadencia pietista, nirvánica, etc.

La pereza y la indolencia no pasando de «pre-disposición morbífica» pueden combatirse con éxito desde las primeras edades, y uno de los tratamientos más eficaces, sino radicales, puede ser el que anteponga y superponga los servicios á los cargos, como causa y efecto, no al revés, según vemos tan á menudo en alguna nación saturada de formalismos y exhausta de ideales, hasta el extremo de tener sólo aparentes caracteres de adelantada en lo externo pero con poca vitalidad interna, que es la fecunda en obras de riqueza creciente é inextinguible.

En los servicios y cargos no es el volumen lo que

importa, sino el peso específico, contrastándolos en juicio contradictorio sabios, doctores, sociólogos, y tasando la valía del trabajo profesionales técnicos competentes en el respectivo orden á que éste pertenece.

El tiempo moderno se caracteriza por la «publicidad de la operatoria social», individualizada necesariamente en el criterio y la conducta personales, sean grandes ó pequeñas las acciones de las cuales resulta un producto definido con valor de cambio intelectual y material. No es que haya desaparecido ni terminado, en gran parte, la época heroica de los secretos incognocibles para la Ciencia y Arte, como tampoco está en decadencia y sí muy en auge la asociación para fines de producir sangrientos conflictos gravísimos, según la América agiotista y brutal del *jingoísmo* nos enseña, con no poca originalidad en los procedimientos empleados contra los obreros, en apariencia libres, y de hecho esclavos del salario.

Si no existieran esos servicios, lícitos según ley, pero aun cuando previstos fuera de su alcance coercitivo, criminosos por su inmoralidad patente y desenfrenada, se «simplificaría» muchísimo la analítica del profesionalismo productor, porque comparando entre sí las series existentes no habría motivo para formar clases, subespecies y variedades del trabajo, aunque la mentalidad exigida por éste motivara las categorías inherentes á la producción de obras originales, copias, traducciones, arreglos ó simplemente de cumplir con lo que fatalmente impone la mecánica de una ocupación subintelectual ó automática del todo.

Para «justipreciar el valor comparativo» de los servicios está nuestra sociedad en los *primordia* (comienzos) de su democracia productora de riqueza, dado que «todavía no antepone el elemento ético al económico» en lo máximo y en lo mínimo de las

relaciones inter-obreras, y desde el especialismo sublimado perversamente en los *trusts* y *cartells* hasta el que se revela por huelgas de proletarios y apremios del hambre. Generalizada, la miseria es la mayor calamidad artificial y locamente producida de intento *au cœur leger* por los oligarcas de nuevo cuño ó *last style* (1).

No es necesario remontar el tanteo analítico en demanda de «diferenciación de servicios» hasta la República de Platón, la Moral de Aristóteles, los Caracteres de Teophrasto ó las Escuelas de la Gran Grecia y sus homólogas hasta llegar á Kant y los bio-sociólogos actuales, puesto que las categorías de los cargos ni se refrendan ni estampillan como materia fiduciario-diplomática *ad usum arbitrarium*, sino que son «resultado de la intelectualidad» necesaria para aprender á ejecutar bien lo que otros hicieron, sobresalir de las vulgaridades adocenadas y, lo que es más, llegar hasta donde nadie alcanzó pensando y descubrir nuevos elementos útiles á la vida social.

La libre investigación del cosmos había de conducir á la «ilegislable democracia» productora de riqueza pública, en razón á que los secretos están en lo íntimo de los fenómenos, y quien los descubre lleva en sus actos la ejecutoria indestructible de una superioridad mental relativa, jamás absoluta, pues

(1) Inglaterra gastó por la Ley de Pobres, *Poor Law*: Libras este. linas, millones 65, 1801-1813. 170, 1813-1840. 334, 1841-1890. Total 569 cf. H. George. *A Perplexed Philosopher*. Lond. 1893. C. XII, p. 290. Deben añadirse otras sumas, que alcanzan de 1 y $\frac{1}{4}$ á 7 y $\frac{1}{2}$ millones por año, durante la centuria para otros objetos conexos con los pobres de la Nación, y desde 1601 se han empleado 734 millones en socorro de los más necesitados, sin tierra ó bienes, dándoles recursos en metálico ó habitaciones, *ibid.*, p. 291.

en los hallazgos técnicos hay sincronismo de laboratorio ú otro cualquiera, y en cuanto acaba de publicarse una invención ya tiene ampliaciones con perfeccionamiento más ó menos importante que facilite su alcance á mayor número de personas.

Cuando llegue la oportunidad, quizá próxima, de «clasificar» los servicios de producción útil y necesaria ó sólo conveniente en sociedad, se hallarán varios principios fundamentales «taxinómicos» en la índole propia del trabajo personal, y entre ellos estarán los siguientes: de Higiene, *a*, la adaptabilidad del operario á la tarea; *b*, la inocuidad ó nocividad de la ocupación; *c*, los límites y promedios de la aptitud por edad y sexo... de Economía, *a*, la intelectualidad y mecanicidad de las operatorias; *b*, lo maquinizable del trabajo ó lo insustituible del obrero en cada profesión; *c*, los límites y promedios de la remuneración... de Política, *a*, lo voluntario y lo forzoso de la profesión; *b*, el funcionarismo de Estado (oficial) y los demás admisibles en público ó privadamente; *c*, la libertad del trabajo y la subordinación del empleo... y por último de Sociología, *a*, necesidad y legitimidad de las profesiones útiles al civilismo; *b*, simplificación de la legalidad vigente para la producción de riqueza; *c*, armonismo posible del interés y el ideal por obra de la Ciencia...

Cada uno de estos enunciados exige un opúsculo especial, en cuanto pueden dialécticamente, no más, aislarse de otros varios sus antecedentes ó consecutivos, ya que á la primera ojeada resalta la «complejidad» de todos los teoremas inherentes al profesionalismo X nunca parcial, fatalmente integrado á los demás en el mundo de la producción y del progreso.

Ciertamente «lo anti-higiénico no puede ser económico-político y en modo alguno social». Sin embargo, para «clasificar las funciones cívicas» desde

el centro de la esfera del trabajo productor, forzosamente debe procederse en lo venidero al revés de lo hecho hasta ahora, ó sea «subordinar» la utilidad á la sanidad y lo manual á lo intelectual.

Es «contracivilizador» que la mente se emplee en buscar agentes destructores y homicidas dándoles preferencia estúpida, pero histórica, sobre los que conservan vidas y multiplican el bienestar. De ahí las artes guerreras prepotentes y las pacíficas víctimas resignadas á tan inmoral tiranía, perpetuándose esa monstruosidad que expresa en resumen la frase: el amo criado, el productor á merced del destructor y, si se prefiere, el militarismo contrapuesto á la producción de riqueza.

No puede ser más funesta la «fragmentación del profesionalismo» por virtud de ampulosas convenciones titulándole v. g. individualista, colectivista, intelectual, manual, tecnológico, sistemático, automático, oficial, libre, etc., admitido esto fácilmente sin calcular que así se malgasta el tiempo en disputas bizantinas y se añade á la gran lucha de clases ó de antítesis económicas la guerra civil de subclases, hasta parar en el más descabellado personalismo atomizador, guerrillero, fulanista ó como quiera denominarse esa morbosidad cerebral yoista, tan generalizada como difícil de remediar con prontitud.

Cuanto más adelantan la Ciencia y la Técnica, mejor se aprecian los caracteres genéricos y específicos de las «ocupaciones todas», y se observan muchos grupos hacederos atendidas descriptivamente las formas de la producción de civilismo y riqueza, dentro del más amplio régimen de libertad imaginable. Mas estas distinciones no pueden ser sino formales, porque en toda acción social sana y útil el *homo interior* es y será siempre el mismo: «el ser que produce conscientemente, al impulso del deber y bajo el peso de la necesidad, reunidos ambos y á veces

no existiendo sino el primero» en los casos más trascendentales.

En fuerza de «vestir la verdad» respecto á ocupaciones sociales, suben más los disfraces que la ropa interior del profesionalismo, y mientras los oficios manuales se denominan genéricamente, v. g., refiriéndolos á la alimentación, la edificación, la industria (grande y pequeña), lo metalúrgico, agrario, comercial, el vestido, el calzado, las artes del libro, etcétera, va entrando el Estado en las vías de reforma, sensata y justiciera, de los servicios públicos cada vez que da el ejemplo á los productores de lo que puede el imperativo categórico del deber, ó sea la consciencia en la utilidad del servicio y perfección de la obra, porque el operador trabaja con *amore*, asiduidad, esmero, anhelo, si está convencido y seguro de ver recompensado su esfuerzo y merecer el respeto que su conducta exige en sociedad de personas dignas y razonables.

Asistimos «al comienzo de la ordenación metódica» de los servicios y cargos, en plena «crítica libre», capaz para «relacionarlos sin confundirlos» y dejar fuera de duda que sin *colaboración* no hay civilismo posible ni producción económica de riqueza, y que la *subordinación* interprofesional es perfectamente compatible con la dignidad del más humilde jornalero, comparado con el muy genial inventor, y del último proletario en frente del primer magistrado de la nación.

Los productores en «su relación mutuo-colaboradora» de formas profesionales y de tareas cumplidas, obedecen á la ley social de «afinidades y de efectos útiles», que consiste en «distribuir» las potenciales productoras «dirigiéndolas» á un «resultado» previsto experimentalmente y sujeto á cálculo matemático puro ó de probabilidades, escalonadas dentro de la respectiva técnica y de varias en concierto

circunstancial ó perdurable como conjunto operativo.

En la clase ó «familia obrera hay dos fundamentales virtualidades de acción, una ética, otra económica», que sin excepción posible presiden la estática y dinámica del profesionalismo.

La consciencia del deber, personalizada y colectiva, es el «automotor central» de toda acción productora útil á la sociedad; y el beneficio inherente á la obra ejecutada es «otro motor gemelo», de igual potencialidad. No se sabe cómo ni cuándo ha comenzado «ese dualismo», cómodo pero falso, que atribuye lo moral al sentimiento y lo material al instinto. Si esto fuera exacto habría que fijar en qué medida el interés y el deber se mezclan de momento ó se combinan durablemente en cada profesión y en todas las socialmente admisibles, permitiendo tan «inestable alianza» que exista paz ó siquiera tregua entre los grupos obreros y los demás, sean capitalistas, contratistas, *employeurs*, empresarios, corredores, proxenetas, etc., los habitualmente antagónicos del asalariado y el empleado actuales.

Ardua tarea analítica es buscar «límites de frontera no teórica», entre el interés personal del obrero y el de clase profesional que le incumbe, y mucho más difícil es relacionar el respectivo á cada grupo con los otros, formando conjunto total de «aspiraciones» reivindicadoras del derecho á vivir sano y seguro el obrero cuanto mayor sea el tiempo de descanso disponible que le permita educarse instruyéndose.

Necesariamente los trabajadores y empleados técnicos como intelectuales conocen mucho más que los auxiliares, temporeros ó no, esa virtualidad ético-profesional dígase — traduciéndola bien ó mal — espíritu de cuerpo, de clase, solidaridad comunista, etc., por lo que en la antigüedad había brazos,

estamentos, gremios, cofradías y ahora hay federaciones, ligas, alianzas, confederadas é internacionales á virtud del interés económicamente existente en los servicios y cargos de nuestra civilización esencialmente experimental y de naturaleza democrático-progresiva.

Cuanto más aumenta en los «estratos» medios é inferiores del profesionalismo la «consciencia» del valor relativo y armónico de la tarea, especializada en lo técnico y generalizada en lo social, menos motivos hay de lucha intestina en el ámbito del taller, la fábrica, oficina, corporación, asamblea, etc., y con la inteligencia triunfante de la rutina los ignorantes habrán de someterse á la directiva sociológica de quienes la merecen por su verdadera superioridad inter-obrera y cívico-general.

El «predominio de los inteligentes en cada ramo de la producción» no impide la democracia obrera en sus manifestaciones de organizar y coordinar las actividades parciales sumándolas, puesto que son homogéneas y encaminadas á conseguir el «fin común de la sanidad y el bienestar», que la Economía y la Política resumen como obra de Ciencia y civilización.

No hay una sola ocupación que «se sustraiga á la acción del intelectualismo creador y reformista», ya por los adelantos introducidos en perfeccionar los instrumentos del trabajo, ya por las garantías dadas al obrero en su tarea higienizándola y aumentando su seguridad personal con medios eficaces y permanentes.

Son funestos los «antagonismos artificiales» de profesión á profesión y de individuo á grupo que la maia fe inventa, explotando la inexperiencia y halagando la ignorancia de muchos obreros y empleados, por lo cual pecan de suspicaces y desconfiados en extremo, se niegan por tozudez á entrar en el

movimiento asociativo, y aunque no sean comparables á los corderos de Panurgo, dan la materia primera á la servidumbre proletaria del actual salariado y al parasitismo del Estado censitario.

En vano pretenderían los obreros, sin excepción, alcanzar la plenitud de su derecho á la vida social si al organizarse como clase no se sometieran á la «ley de la superioridad intelectual», que entre ellos obliga á dar cargos y exigir servicios á los mejor dotados, por herencia y cultura, de esa fuerza cerebral que es previsión oportuna, clarividente, directora y constructora de toda institución sociológica. Para que las entidades incluidas en el «estado llano» productor de riqueza «logren preponderar» en la medida correspondiente á su obra útil comparada á la restante que en sociedad civilizada quepa admitir, han de lograr extinguir en su intimidad corporativa las aviesas pasiones que son su rémora y su carcoma, pudiendo entonces tener al frente de los sindicatos á los más dignos, que unan al talento la lealtad, pues fuera insigne error ir á vencer enemigos exteriores teniendo malos jefes y pésimos planes estratégicos en cartera. Los servicios y los cargos, como los trajes, han de estar á la «medida exacta del individuo» para tener utilidad de aplicación y valor de cambio, y sino no; mucho más tratándose de luchar con la rutina y el dinero reunidos en amigable consorcio durante dos mil años.

CAPÍTULO TERCERO

SALARIO Y SUELDO

La comprensión y extensión que el uso y la costumbre, el hábito y la ley dan á estas palabras, son exacta manifestación del grado de cultura social inherente á nuestros actos y funciones relativos y dirigidos á una «finalidad preestablecida», cual es lograr que el trabajo tenga «proporcional remuneración pecuniaria individualizada».

Las clásicas formas de relacionar las acciones humanas y los beneficios anexos ó conexos que ellas contienen ó pueden conseguir (1), son pura descriptiva de lo formal, en modo alguno base de clasificación sistemática debida á la razón en sus grandes respectos modernos, científico y filosófico.

El productor, operario ó funcionario, pone su persona al servicio de algo y de alguien, para ser su labor retribuida en metálico ó cosa equivalente, porque así lo exige la necesidad de «reparar las fuerzas» de nuestro organismo «gastadas» en producir cosas útiles con valor de cambio social.

(1) *Do ut des, do ut facias, facio ut des, facio ut facias.*
Doy para que des, doy para que hagas, hago para que des, hago para que hagas.

Como quiera que se denominen gráficamente en el lenguaje corriente las «retribuciones» del trabajo personal (completamente distinguible del de las bestias y las máquinas) (1), son suficientes y limitadas, ó lo contrario y opuesto, atendidas las necesidades de la vida social en cada caso concreto del servicio prestado á particulares y á la Nación.

En la Historia del salario y el sueldo desde los orígenes de la civilización hay un solo punto culminante central en la estato-dinámica del trabajo productor de riqueza, que es el de la «libertad individual» para efectuarlo no gratuitamente, al arbitrio exclusivo del autor del mismo, en cuanto á tiempo y modo de realizar la tarea propuesta y aceptada, solicitada y convenida en pacto ó contrato, por ley positiva, uso y costumbre públicas preexistentes.

Admitiendo que haya gradaciones esenciales —harto dudosas— entre la esclavitud, la servidumbre y el salariado, y que puedan sostenerse, casuísticamente no más, las diferencias existentes entre los sueldos del Estado, las Compañías, las Empresas, etc., la dificultad máxima estriba en fijar la «proporcionalidad» entre los servicios y los estipendios con «criterio de humanismo, fundamento de justicia y sanción de equidad», tres necesidades inmanentes en la superestructura de la civilización y por tanto en la subestructura económica de la riqueza objetivada en el hombre instrumento, y metalizada en lo ganado horariamente ó de otro modo preestablecido siempre arbitrario.

Aunque salario y sueldo pueden ser sinónimos (2),

(1) Emolumentos, honorarios, cuotas jornaleras á destajo, sobre-sueldos, pluses, dietas, gratificaciones, aguinaldos,... prescindiendo de gajes, participación en decomisos, multas, *viaticum*... etc.

(2) Soldada, jornal, paga, semanal, mensualidad, etc.

quiere el uso referir casi siempre aquél á la producción manufacturada y éste á la intelectualizada en todo ó en parte; por lo cual se distingue aún entre obreros y empleados en las faenas antiguas, y modernas, y con más motivo en las artes liberales dentro de sus aplicaciones sociológicas de que todas son susceptibles. En síntesis se dice «ganar» el salario y «tener» sueldo, como si el trabajo rebajara ó elevase al que lo ejecuta, siendo en un caso dádiva y en el otro posesión ó también respectivamente tributo y propiedad del operante.

En rigor hay «dependencia», sujeción, sumisión — voluntaria, forzosa y mixta — en el que «percibe» salario ó sueldo, por «merecimiento» propio en virtud de su «función personal», que debiera ser «valorada» en relación con la «trascendencia» de los efectos sociales obtenidos.

Conviene fijarse mucho en ciertas distinciones nominales, que parecen sólo lingüísticas y son sociogénicas, al intentar el más somero análisis en los dominios de la Sanidad general y sobre todo de la concerniente á la familia obrera.

El salariado significa ahora—por convención errónea, pero casi intangible—el estigma impreso en la frente de los proletarios que «no tienen posición», siquiera ésta consista en un sueldo oficial semi-estable ó casi fijo. No obstante se tiene por igualmente respetables al que «sabe hacerse» un salario de tanto al día, y al que «logra alcanzar» un sueldo, pues en ambos casos la acción personal se manifiesta como aptitud y capacidad previas.

Conviene ahondar un poco la investigación social de esa Fisiología del Salariado que las denominaciones habituales revelan, siendo muy influyentes, en demasía, y estableciendo las categorías entre los operarios comparados entre sí y todos en conflicto con la sociedad globalmente constituida.

Patológica no hígida es la «superioridad» asignada frecuentemente al sueldo comparado con el salario; á mi ver por el falso fundamento en que se la apoya, más por hábito que por convicción razonable.

Al sueldo se le concede estabilidad contingente, área definible, relatividad seriada, sanción histórica, caracteres externos, cuando menos, de necesidad social, de conveniencia y utilidad manifiestas y generales.

El salario parece movable, impreciso, arbitrario, circunstancial como el trabajo que lo motiva, y sus caracteres íntimos están á un tiempo en la persona del obrero, en la naturaleza de la labor y en la valoración de ésta hecha por un particular, una colectividad y la sociedad en masa.

A tal convencionalismo equivocado débese probablemente que «se tenga en más» al productor á sueldo que al asalariado, presuponiendo á éste muy humilde y vulgar instrumento de producción cuando su trabajo confina con el de la bestia domesticada, se reduce á la auxiliaria de una máquina y carece de porvenir profesional en las más inferiores ocupaciones de las artes y oficios presentes. Mas no se ve, con claridad de luz meridiana, que cada diez ó veinte años el obrero es más intelectual y menos autómeta, porasendente tecnicismo de su profesión, que le convierte á menudo en especialista, de manera privativa y también excepcional hasta borrarle de la lista localizada de artesanos, darle sitio en el catálogo de artistas universales y elevarle á genio perdurable.

Investigando el motivo intrafrénico (mental ó psicológico) del progreso social inherente á la personalidad del obrero en busca de «salario» ó en demanda de «sueldo», verosímilmente podría parecer que la «acción» de aquél es propulsora y expansiva, diferente de la de éste que resulta inhibitoria y coactiva, entendiendo siempre tal balance de «probabili-

dades» con criterio adecuado á demografía y estadística experimentales.

No enquistá, ni atrofia, no malogra ni esteriliza las «iniciativas valiosas» desde la juventud *el quantum* de vitalidad que el individuo prefriere desarrollar encerrándose en los límites del sueldo, taxativamente incluso en el presupuesto nacional; pero es innegable que las Instituciones oficiales — Estado, provincia, municipio — no son medios favorables á la producción de riqueza mental para muchos que, tomando el destino ó cargo como *modus vivendi* transitorio, perecen en él á modo de mariposa en la llama que le atrae, ó vegetan obscuramente sin gloria ni provecho sociológicos.

En la dinámica ordinaria de la producción de riqueza tanto monta para la «dependencia y sumisión» del asalariado que la cuota sea fija ó móvil, porque el «imitacionismo» forma la regla en lo constituido y la «inventiva» la excepción en lo constituyente de la civilización.

Por ello el «adelanto social» está forzosamente en razón directa de la «independencia» del obrero, que por grados pasa de jornalero á empleado, de artesano á artista, y se siente libre en su profesión, sin necesitar aprendizaje reglamentado, y dueño de sus facultades nativas crea y triunfa á pesar de émulos y rivales en el ámbito infinito de la producción, originando ésta concursos, certámenes, exposiciones más ó menos limitables y universales.

La independencia del obrero «superior» llega á su apogeo con la producción genial de obras artísticas de todos géneros — bellas, útiles, técnicas — que al tener en su auxilio la fama acarrearán una clientela numerosa y acaudalada, la cual da la fortuna al inventor, descubridor, y también al director gerente, pintor, escultor, músico, dramaturgo, en síntesis al especialista médico, abogado, arquitecto, etc., ni

jornaleros, ni empleados, «dueños» de su saber, «autoridades» á quienes se honra y retribuye espléndidamente, porque su voluntad es soberana ante la demanda del producto elaborado sin oferta al público á veces ni expresa ni tácita.

Más que en el último siglo en el actual se ha de ver creciente esa «autarquía del intelectual» por completo liberado de la esclavitud del salario y de la servidumbre del sueldo. Así la aristocracia de los especialistas eximios no será incompatible con la democracia de la producción, sino muy favorable á la cultura general obrera que honre al coloso como modelo digno de admiración y estudio, sirviendo de estímulo poderoso, de fuerza atractiva y, lo que es mejor, de foco potente que ilumina los oscuros senderos de la esperanza del intelectual en sus horas de lucha cruel con la adversidad y la envidia.

En esto consiste la mentalidad y sobreanimalidad social del trabajador: en labrarse una «posición» independiente por «méritos» personales, en competencia con los del conciudadano su colaborador, que en buena lid de producción de riqueza «sobresale» también y aspira á ser director y no dirigido en las tareas de su especialidad, por ejemplo, educar, enseñar, legislar, administrar, servir al progreso social en cualquiera de las categorías del profesionalismo contemporáneo, dentro de las cuales cabe innovar, ó son meramente de imitación y tan sólo mecánico-automáticas.

Ha de parecer absurdo tratar de salarios y sueldos y no poner al frente de otros el arduo problema de «cantidades en numerario» asignables á cada servicio, en proporción al grado de importancia moral y sociogénica que tiene la obra personal y colectiva, comparativamente juzgada; algo parecido á una clasificación de Historia Natural con tipos, clases, géneros, especies, variedades... medios algo útiles,

en apariencia, para «metodizar» el análisis y «objetivar» caracteres, hasta los límites de la comparación y del ensayo positivamente experimentales, lo propio en Economía que en las demás concreciones de la sabiduría, llamadas disciplinas sociológicas.

No obstante, al proponerse el antropólogo analista averiguar qué «correspondencia debe y puede haber» entre un servicio de producción y el estipendio merecido, entre el operante y el resultado obtenido ó mejor fijar la «gradación social» de los servicios fundada en sus bases completas ético-económicas y bio-sociales, por necesidad se entra de lleno en el vasto océano de la civilización como el marino en el buque explorador (perfeccionado en su estructura para un orden de estudios de circumnavegación, descubridor del polo, ó de sondaje, etc.) que forzosamente exigen «preparación é idoneidad» en el especialista, y sobre todo plan definido para salir de la trivialidad, reentrante en sí misma y de muy escaso alcance social.

Al preguntar en Sociología cuáles son las «bases fundamentales» para determinar cualquier salario y sueldo, la Biología permite afirmar previamente á todo tanteo exploratorio que no pueden ser muchas, ni estar fuera de la Sanidad, perteneciendo siempre á la existencia colectiva.

En consecuencia, para entrar y salir de ese laberinto, no tanto de ideas como de palabras, en el cual el salariado parece formar un todo homogéneo aislable de los otros que en sociedad le preceden, acompañan y subsiguen fatalmente en la vida civilizada, «es por completo imposible dar valor exacto á la acción obrera midiéndola y pesándola desde un punto exclusivo del análisis», como pretenden los economistas anticuados—en menos de dos centurias—que han antepuesto la mercancía al obrero y pospuesto la Sanidad á la Hacienda, con probabilidad sin darse cuenta de ello.

En esta precisa materia sociográfica, en general abundan las pruebas irrefutables de la morbosidad que nos degrada y es ya tan evidente y aterradora que bastan algunas titulaciones vulgarizadas para explicar sus causas y efectos tales como: el salario «de hambre», los «pequeños» salarios, los sueldos «mezquinos», el *sweating system* (1), cuyas víctimas, contadas por millones, sin distinción de países, son los adultos y los menores, con frecuencia las mujeres ocupadas en diferentes faenas á domicilio, mucho más en industrias pequeñas que en la grande, el que se denomina proletariado del proletariado.

La «insuficiencia» de la cuota diaria y anual de los salarios y sueldos irrisorios, se conoce ya en sus menores detalles por las publicaciones de toda clase, unas debidas á facultativos higienistas y médicos al evidenciar la tuberculosis, el imbecilismo, el aborto, la lactancia materna... otras motivadas por la prostitución, el alcoholismo, la delincuencia, la vagancia, el juego... todas desde el punto de mira sanitario social en los dos conceptos cardinales de miseria órgano-fisiológica —pobreza bio-estática— y de degeneración degradante—pobreza ético-dinámica—de las cuales resulta la «infraproducción», á pesar del adelanto prodigioso de la maquinaria y del auxilio de la Ciencia en totalidad protectora del trabajador y su prole.

Sarcasmo y ofensa es llamar «retribución» á la cuota impropia en absoluto para subvenir á las necesidades primeras é imprescindibles de nuestro organismo por edad, sexo y complexión (temperamento) exclusivamente formulado el presupuesto de gastos é ingresos diarios del operario en su obra, del instrumento productor, si como tal debe ser con-

(1) *Sistema de sudar*, fatigando al operario en su casa ó fuera por trabajo excesivo y muy poco retribuido.

servado en condiciones de útil funcionamiento y ante todo de perfección técnica en la labor realizada sin interrupción durante largo tiempo.

Insensatez y crueldad es persistir obstinadamente en el absurdo anti-económico, que consiste en «buscar la sobreproducción imposibilitando la Sanidad obrera»: con la escasez y la impropiedad del alimento, el metitismo por suciedad personal y casera, por atmósfera venenosa, malsana, molesta del taller, la mina, etc. y olvidar á sabiendas los derechos inherentes á la personalidad que se emplea en servicio ajeno, sin la compensación debida al esfuerzo aprovechado para lucrar á sus expensas quien quiera que sea.

Debe darse el nombre de explotación bárbara á la del obrero condenado á continua fatiga, insuficiente comida, vestido pobremente, habitación insalubre, difícil limpieza, porque el jornal oscilando de 15 á 25 francos semanales no le permite «comodidad, ni esparcimiento», correlativos á las estaciones del año y mucho menos «ahorro» que le libre del hospital y el hospicio y le permita «asociarse» en alguna de las instituciones de cooperación y mutualidad proletaria, que tanto enaltecen la vida obrera moderna (1).

(1) La *Información* que el gobierno español abrió para conocer las «Causas de la Crisis agrícola y pecuaria dirigiéndose», por medio de un Cuestionario, á las Diputaciones provinciales, los Ayuntamientos, Consejos de agricultura, las Camaras de comercio, los Ingenieros oficiales, etc., en 1887, fué tan elocuente como era de esperar, respecto á las «privaciones» de los trabajadores que no pueden comer carnes, mal alimentados, con vegetales, y faltos de recursos de modo tal, que por decoro de la Nación no puede darse á conocer sin incurrir en delito de denuncia con desacato contra nuestros funestisimos gobiernos de la Restauración. Desde entonces, ya perdidas las Colonias, se agrava más y más cada año la «penuria de los asalariados», que alcanza de pública notoriedad á la burguesía en proporciones alarmantes muy temibles

Limosna mejor que salario y sueldo debe denominarse la cantidad cobrada mensualmente por el obrero, jefe de familia ó soltero, que sólo con grandes privaciones le permite saldar sin *déficit* el presupuesto ordinario de gastos, siendo éste «movible» por imprevistos y el de ingresos «casi petrificado». De ahí las frecuentes y abrumadoras restas por contrariedades morbosas inherentes á la ocupación misma ó por fuerza mayor, crisis y paros, perjudiciales de contragolpe, inmediato ó remoto, uni y plurinacional.

Con el sistema de producción capitalista vigente y mientras la plutocracia triunfe con pocos obstáculos del salariado desvalido y hambriento, la «minoración de cuota» jornalera y á destajo —*aux pièces*— es un peligro inminente para el infortunado que cuando queda sin ocupación ha de resignarse á mayor penuria en virtud de la crisis, verdad ó no, que motiva la resta de otra resta anterior.

Cierto es que «la alegría dura poco en la casa del pobre», y del análisis del movimiento de salarios en los últimos 30 años se deduce con palmaria certeza el aumento de algunas cuotas en todas las naciones prósperas, pero sin influir como debiera en la paz y el bienestar públicos, porque también han aumentado los gastos.

Hasta aquí se ha tratado del salario en el concepto exclusivamente del *affairisme* y teniendo muy en cuenta la personalidad del que paga y poco ó nada la del que cobra jornada ó mensualidad, incurriendo así en una serie de errores graves y groseros, v. gr., comparar los salarios entre sí, de nación á nación, de industria grande á pequeña, de lo agrario á lo comercial y de intelectualidad á mecanicismo de las faenas, olvidando ó desconociendo que la posibilidad de vivir sanos los obreros ha de considerarse integralmente, no por fracciones separables — á

un lado y previo lo económico, después lo político, al final lo sanitario y lo ético,—innovación ésta con probabilidad de éxito, aun cuando no la apoya de ordinario la costumbre, ni la aconseja el hábito, ni la dispone la ley rutinaria y estadiza en demasia.

Parangonar las cuotas de salario de New-York, Barcelona, Marsella, Génova, París, Berlín, Bruxelles, Viena, Copenhague, Moscou, Buenos Aires, Victoria, Tokio... sin poner paralelamente la cotización fiduciaria, los precios de comestibles, habitaciones, vestidos, transportes... y la tasa de los servicios no mecánicos, en síntesis todos los factores sociales de la vitalidad del operario puesta en conflicto de relaciones con el total de sus convivientes, es cometer un absurdo monstruoso y una injusticia atroz, que sublevar la consciencia universal, si bien hasta ahora sólo por modo intercurrente y periférico, muy comparable, sin exageración, á cosquilleo en los no proletarios y á frenesí en los desheredados.

Tan esclavo ó siervo del salario insuficiente es el obrero de Europa como el de las restantes partes del globo, porque el *franc*, el *mark*, el *dollar*, la *pound*, la *rupeé*, etc., no pasan de mero instrumento relativo en la satisfacción de las necesidades materiales y cívicas, con la temible agravante de que el crédito nacional representa un elemento muy mudable y sólo por rara excepción utilizado en *pro* de la *majoration* del salario y sueldo de los productores ínfimos y de mediana categoría social.

Tan infeliz es el obrero industrial como el del campo y el público como el doméstico, si la poquedad del jornal ó sueldo les impide conservarse siquiera como el salvaje y el bárbaro (ya que no la bestia) en libertad, «satisfaciendo naturalmente» las exigencias de la nutrición, tan automotoras como irresistibles, y los impulsos genésicos, normales por

edad, sus colaterales básicos en cuanto pueden formar á la par lo *pre-social*, compatible con la Sanidad y el progreso humanos en lo futuro pero no en la actualidad.

Tan infortunado es el empleado modesto, por el sueldo—de escalera á bajo—como el faquín alquilón, y á menudo hállase en peores condiciones el intelectual que el autómeta para ganarse la vida honrosamente, en razón á que la esclavitud del traje y la servidumbre del título académico se añaden á la abrumadora penuria del «quiero y no puedo» con impulsos de desesperación y arrebatos de delirio vesánico, con frecuencia terminando en suicidio de una familia entera.

La trascendencia funestísima del salario inverosímil pero real, tolerado aunque ruinoso, se demuestra cada hora más como factor prepotente en las esferas de la delincuencia y la inmoralidad y estando muy conexo con la del suicidio, sea éste uni ó pluripersonal, separable ó no del crimen, la prostitución, el concubinato, el divorcio...

No es menos grave la perturbación que en el dinamismo de la administración y la política produce la «exigüidad» del sueldo, mal compenetrada con la «importancia» del cargo, originando el «gravísimo desorden» existente en muchos ramos del sistema constitucional, parlamentario y representativo, por causas al alcance de cualquier observador hábil en la «disección de los organismos ministeriales», más propensos al parasitismo que á la saludable condensación de energías fecundas y armónicas en bien de la prosperidad nacional, de la justicia equitativa y de la libertad ciudadana.

La prevaricación, el cohecho, el soborno, la infidelidad, la indelicadeza más la desidia, el aburrimiento, la intriga, los odios intestinos alientan y anidan en muchos Institutos del orden oficial, de

suerte que la lucha por el dinero «preciso» para cumplir con las exigencias de la buena sociedad, es «motivada por la insuficiencia del sueldo» para el célibe y con mayor motivo el jefe de familia. En esta particularidad de los «padecimientos redhibitorios» ya los críticos y los satíricos pueden cesar en su labor, para transmitirla á las brigadas de desinfección y de basureros, por si logran sanear algo, con prontitud, el ambiente y el subsuelo empleando procedimientos expeditivos de profilaxis y terapéutica sociales.

Lo «morbo» amenaza ya ostensiblemente con imperio de catástrofe la producción de riqueza, por «destruibilidad» creciente de la familia obrera, asalariada y á sueldo de miseria (1).

Hoy el *statu quo* es, en gran parte, de «indiferentismo egoísta» en no pocos intelectuales y potentados, á quienes corea incauta y servil una masa neutra burguesa, y de «crasa ignorancia» en los Gobiernos mesocráticos, tan dogmatizantes y doctrinarios como sus predecesores en la «Historia del hambre sistematizada», al referirla á los trabajadores desde el tiempo faraónico, sin la menor interrupción hasta la fecha.

De sobra la «propaganda» oral y escrita llega á todas las capas sociales «vulgarizando» los datos elementales de la Anatomía y Fisiología humanas y los principios cardinales de la Higiene social, que

(1) Conviene y urge oponerse resueltamente á la perturbación que consiste en formarse dos masas cívicas, ricos y pobres, «cada vez más distintas y repugnantes» como aconteció en Roma, cumpliéndose aquella ley: *la acumulación de la riqueza en un polo significa la acumulación de miseria, inocupación, esclavitud y degradación moral en el polo opuesto*. M. Weber *Römische Agrargeschichte*, pág. 67-8, cit. por E. Cicotti. *Il Tramonto della Schiavitù*. Parte II, VII, pág. 185. Roma, 1899.

involucra la obrera como el todo á una de sus partes. Sin embargo aun persiste el cúmulo de «errores vulgares y de farsas sectarias» que impiden el «saneamiento» de las leyes y la «reforma» de las costumbres, porque el capitalismo no quiere transigir con la Ciencia y da, v. gr., más importancia al fomento de la cría caballar que á la conservación de la familia obrera, y posiblemente porque cuanto mayor sea la miseria visceral y sanguínea de las muchedumbres menos podrán éstas obtener sus reivindicaciones de libertad y equidad, sus derechos á la salud, el bienestar y la cultura, logrando así los dominadores por astucia lo que debieran obtener por la fuerza de las armas, es decir, la producción de riqueza jugando á la baja y no al alza del salariado.

Un alumno de segunda enseñanza sabe muy bien los «promedios absolutos de la alimentación» en peso y naturaleza de los manjares necesarios y adecuados á la edad, el sexo, la profesión, el clima, etc.; no ignora la «importancia indiscutible» que la carne tiene en la conservación de la vitalidad total, junto con los huevos, la leche, el queso, la manteca, el azúcar, el pan...; está persuadido de que «no podemos producir» sin reparar nuestras pérdidas materiales intra-orgánicas diarias, so pena de «enfermar profesionalmente»; tiene pleno convencimiento de que en todos los momentos del civilismo «vale y cuesta menos prevenir que curar»; no obstante, nótese bien el hecho, cuando ese escolar llega á gobernanante, con harta facilidad «paga tributo» á las mentiras convencionales, ó «adquiere» un alto grado de «anestesia frénica» ante la miseria del proletariado, ó «afecta creer» que los hospitales importan más que los sanatorios, que la caridad oficial es panacea de seguro éxito sociogénico, y, en fin de análisis, «guarda su mentalidad» para grandes so-

lemañadas académicas, su «filantropía» para cuando sea menester con bombo y platillos ya obligados, *coram populo*, y, si el salariado famélico en plena revolución se equiparara á un naufragio social, no le «sorprendería» sin el salvavidas perfecto formado por un crédito en una banca extranjera al efecto de la emigración cautelosa y repentina.

Con «listas numéricas paralelas» de salarios y sueldos de comestibles, habitaciones y vestidos se «prueba aritméticamente la *intensificación* de la doble miseria fisiológica y social» obrando como rémora del progreso y amenazando el civilismo en sus manantiales de origen, que son la salud y la paz, si muy pronto no «acuden en masa» los que pueden modificar el salariado y el funcionarismo con paliativos adecuados á la gravedad de la dolencia, ya que la curación radical parece ahora imposible.

Es inconcebible que en la producción de riqueza «no figure en primer lugar la de la sangre, el músculo y el cerebro del trabajador», sino contento, «resignado», con su suerte un tanto halagüeña, en modo alguno «alocado y enfurecido» por la falta de alimento, la desnudez y el desamparo constantes.

Un somero análisis descriptivo del *truck-system* basta y sobra para mostrar «hasta qué límite» se ha llevado la explotación de la «vitalidad obrera» conculcando sistemáticamente los derechos individuales y negando la existencia del respeto á la dignidad de infeliz trabajador en el siglo XIX. La «obra nefanda» de las empresas que además de no pagar el sueldo y salario en metálico obligan á comprar forzosamente los artículos de primera y segunda necesidad en la tienda, kiosco, barraca de un «intermediario», contratista, delegado, representante, favorito (ó como se titule) de la Compañía minera, metalúrgica, etc., no merece comentarios ni censura técnica, porque

«lo execrable se juzga y condena por su propia inhumanidad».

Convertir al trabajador en «unidad libretaria», como si «su cuerpo» productor de riqueza fuera una «hoja muda» encuadrada en el libro de Caja, á los efectos del balance numérico, y su «sanidad efectiva» una partida secundaria casi residual á fines de semestre ó por anualidades vencidas, bien se entiende entre personas cuerdas y sensatas de qué «maneras se valen» algunas Sociedades al producir «beneficios» amasados con tales «medios inicuos», porque convierten á los *équipes* en grupo de nombres volanderos de una lista numérica y míseros dueños de varias libretas al portador enfermizo y desesperado.

Investigando la Historia del salariado y la jornada conviene aceptar el criterio de Brentano (contrario á la teoría de Ricardo): «que la elevación de los salarios y la reducción de la jornada de trabajo son medidas que si se aplican despacio y se utilizan para elevar el nivel de la condición del obrero, en cuanto al punto de vista económico, se justifican por el sobreaumento de la producción que ocasionan».

Herkner opina lo propio (1). Schulze Gavernitz apoya la nueva teoría, añadiendo: «que ha sido reconocida verdadera con la victoria de la grande industria, contra los antiguos modos de explotación» (2). Además profesa que: «esa evolución económica es el índice primero de un progreso técnico, luego de un progreso social y cómo la elevación de la clase obrera lo sigue paso á paso. Esto es lo más propio para combatir ese pesimismo social, que cree que el des-

(1) La Reforma social como consecuencia del progreso económico. Leipzig, 1891.

(2) *Der Grossbetrieb*. París, 1896. Intr. p. 24. Prof. de la U. de Fribourg en Brisgau. *Ibid*, p. 25.

arrollo económico moderno conduce á un rompimiento social ó á un problema que sólo puede ser resuelto por la pólvora y el plomo.» Finalmente: «todas las aspiraciones sociales son estériles sin el sólido fundamento económico de las grandes industrias poderosas y marchando por la vía del progreso técnico» (1).

Conviene añadir que «en las naciones más propiamente capitalistas, Inglaterra, Estados Unidos, Australia, los salarios han aumentado enormemente, la jornada oscila entre 8 y 9 horas, y esa grandiosa elevación de la clase obrera ha podido conciliarse perfectamente con los intereses de los industriales (2).

(1) Cap. III, p. 312, *ibid.*

(2) A. Graziadei. *La Produzione Capitalistica*. Prefaz. pág. VI. Roma, 1899.

CAPÍTULO CUARTO

JORNADA Y TAREA

Con estos nombres se indican en el circuito de la producción el efecto de nuestra actividad referida al tiempo diario para cada individuo en su «especialismo profesional». Así se entienden por convención los modismos usuales, casi insustituibles, v. gr.: «tarea de jornada» ordinaria, extraordinaria, habitual, forzada, intoxicante, peligrosa, molesta, soportable, fatigosa... «conjuntando» en uno solo los términos de obra y tiempo, de producción material que parece factible, de capacidad individual especializada, contando por horas diarias el «efecto útil» producible en condiciones terminantes de método, procedimiento y utensilios empleados.

No para «establecer» límites de frontera entre lo sano y lo morbosos de jornadas y tareas—antiguas y modernas—sino simplemente para «analizar» algún tanto la estática y dinámica del trabajo personal «compatible con la salud pública» y dar á la «pacificación moral» puntos de apoyo eficaces, no transitorios, es indispensable á mi entender que cese esa «actual confusión» de palabras y actos tan funesta para la «convivencia» general y universal basada

en el trabajo «remunerador y soportable ó técnicamente higienizado».

De modo brusco en menos de cien años hemos pasado de la época protohistórica á la del maquinismo, y cambiado el *outillage* por completo con las innovaciones portentosas de la ingeniería, pero aun usamos el tecnicismo de nuestros tatarabuelos que trabajaban de sol á sol y alcanzaban por robustez nativa, edades avanzadas, ejecutando tareas tan esforzadas como las inherentes á las profesiones del mar, el terruño, la edificación y otras de índole colectiva ó expresamente esporádica y aislada.

Por esto contribuimos á la confusión reinante, en lo económico de la «tarea jornalera», y al desconocimiento de «lo sanitario» aplicado á las modalidades prácticas de ella, mientras no procuramos fijar modo terminante «como han de ser» jornadas y tareas en nuestra civilización, tal como ésta exige con sus prodigiosas novedades y los restos de lo antiguo que las acompañan, con los naturales efectos de inhibición misoneísta y rutinaria en relación con la libertad objetivamente práctica poseída por los ciudadanos como tales en su Nación.

Hasta hace poco no se han planteado los problemas de la producción en sus propios términos de «humanización del trabajo», fundándola tan sólo en la ley del especialismo, y sin llegar todavía á promover la cuestión previa de la «higienización del trabajador asalariado y empleado», según exige la Moral en países más ó menos influidos por el cristianismo y el judaísmo civicultores, no utilitarios ni fanáticos ni sectarios.

«Armonizar la tarea y la jornada» en cada caso concreto de laboreo — intelectual, corporal y mixto — es el *desideratum* máximo, suponiendo posible «un perfecto estado de cordialidad fraternal», entre personas dignas de este nombre, que amen el progreso y odien la esclavitud y el servilismo.

«Adecuar la jornada á la tarea y no ésta á aquélla» es lo humano, por razón y experiencia, por imperativo de la sabiduría hecha cerebro, carne y sangre de la producción de riqueza incruenta, altruista, obra de perfecta sensatez social, que no envejecerá nunca porque la Ciencia la vivifica con una perpetua robustez creadora.

Colocar la posibilidad «antes» que la necesidad en el trabajo, sobreponer la «salud» obrera á la utilidad «económica», fijar el «valor» de los productos con «respeto» de la personalidad del que cumple su cometido ejecutando la obra propuesta, podrian haber parecido en otro tiempo «utopías de filántropo», mas no lo son al presente, en razón á que la producción de riqueza «no puede ser» sino profesional, tecnológica y por ende calculable en su doble aspecto «social y científico», con sus obligadas relaciones pertinentes á la Biología, la Economía, la Política, el Derecho, etc.

Es obvio que convencionalmente jornada y jornal se refieren siempre á número de horas de cada día, y luego por extensión á semana, mes, año, etc., necesarias para «obtener» una mano de obra ó «realizar» un servicio en «determinadas condiciones» de lugar, modo, forma y en «circunstancias» casi siempre «superiores» á la voluntad del operante. La habilidad y destreza del individuo encargado del trabajo influye ó no en la calidad y cantidad del producto obtenido, en la resultante de la acción prefijada, por lo cual la «tarea» jornalera ú otra cualquiera, es «necesariamente varia» comparando las profesiones entre sí y «relativa» en cada una de éstas, no destruyendo lo general aquello que es indeterminado, particular, secreto y extravagante.

Parecerá vulgaridad imperdonable asegurar que cada jornada tiene límites «biológicos» absolutos y relativos, referidos á la Sanidad obrera, y «económi-

cos» concernientes al trabajo obtenido, unos y otros relacionando la actividad, la energía y el esfuerzo necesarios y el tiempo que cada labor exige; por todo lo cual la «limitación jornalera de cada tarea» procede á la vez de la «estructura vital humana» y del «valor de coste del producto elaborado».

Porque tiene valor de cambio la resultante de la «acción productora» también debe tenerle la «personalidad del ejecutante», que se identifica fatalmente con aquella en los momentos de la «operatoria», exquisita ó basta, sin la cual no cabe servicio ni producto alguno y fuera imposible que la civilización pasara de palabra á hecho, de potencia á acción, de detalles á conjunto.

En la jornada y la tarea, más que en otros postulados de la producción de riqueza es forzoso huir de las «generalidades» no pocas vulgarísimas, de mero psitacismo logomáquico (cotorreo) y buscar con empeño las «generalizaciones» deducidas del estudio analítico de personas y cosas, con la «severidad» de doctrina que tan «ardua» investigación merece en Sociología experimental y crítica.

La «limitación biológica» de la jornada es directamente personal, singular en cada parte alicuota de la producción total, y por esto «se especifica» el trabajo necesario en cada momento de la función cuya «resultante» se llama servicio, manufactura, obra, artefacto, etc., retribuibles pecuniariamente. Los «límites de la actividad» del obrero son los de la «salud individual», por herencia y por adquisición voluntaria de potenciales orgánicas, de suerte que en este respecto los obreros forman «dos zonas sociales»: la de los robustos y la de los enclenques y enfermizos; pero además han de distinguirse en ambas, por edad y sexualidad, «divisorias fundamentales» que á pesar de ser de sentido común, naturales como orgánico-vivas, ni se atienden ni respetan.

menospreciando la dignidad del operario y la paz social, porque así lo dispone la «locura utilitaria» de incontables negociantes cuyo egoísmo desenfrenado llega á producir un «parasitismo sobreparasitario».

La jornada «ha de ser distinta» para el varón y la hembra, el adulto y el adolescente, el anciano y el niño, el robusto y el enclenque, pero esta «perogrullada» es desatendida por el legislador, negada por el negociante y aun zaherida por quienes «calculan jornal y tarea materialmente», como si el operario fuera carne viva de mina, fábrica, taller, buque, tren, etc. Con ello la Sanidad social se particulariza diferentemente, hay desigualdad enorme entre el que paga un servicio y el que lo presta, pues aquél es dueño de su salud y éste no, al producirse la riqueza en condiciones tan diversas, pero corrientes, con fuerza de ley, hábito y costumbre cuya mera discusión parece obra de romanos.

A los antroposociólogos se les moteja, más ó menos académicamente, creyéndoles soñadores de idios y geórgicas impertinentes, que «meten la hoz en miés ajena» al tratar como higienistas de la producción nacional de riqueza, mientras próceres, estadistas, millonarios, negociantes compadecidos de la suerte infausta del obrero lamentan platónicamente la «intangibilidad» de jornadas y tareas, proponen planes de reforma, que hoy se contienen en la fórmula del «intervencionismo mesurado», sin observar que la paciencia tiene límites y se agota tras tantos siglos de sufrimiento transmitido de padres á hijos trabajadores, siempre víctimas del desequilibrio interciudadano, debido á causas por completo artificiales.

La operatoria técnica de los «facultativos médicos» no peca de candidez «exo-económica» siendo estrictamente «endo-experimental», tan pública y científica que basta conocer los datos demoestadísticos de la

Patología obrera para no dudar jamás en cuanto al derecho de fijar ellos antes que los demás facultativos «las bases biológicas de la jornada en cada especialidad del trabajo».

El dilema fundamental se reduce á «escoger entre el obrero y la máquina» considerando la «duración funcional» en valor de coste contando por el efecto producido en la unidad de tiempo. Si desgaste orgánico «no es superior en el hombre» á desgaste anorgánico en los instrumentos del trabajo», no hay discusión socialmente posible por ahora.

Se calcula técnicamente la «potencialidad» de las máquinas y su «resistencia material» relacionando el efecto útil producido al mes y al año de estar en uso, con los descansos en absoluto indispensables para evitar gasto de reparación añadido al de entretenimiento, y no se hace lo propio con los obreros auxiliares, directores, inspectores, que las sirven como autómatas hasta donde cabe «subordinar la estadodinámica vital» á los «monstruos de la industria termo-eléctrica».

«Todo se cuenta» por unidades de caloría, coeficientes de dureza, puntos de condensación, etc., y tan sólo los médicos «cuentan al microscopio» la potencial sanguínea, muscular, nérvico-cerebral, la resistencia de cada entraña, la duración del conjunto orgánico sometido por horas á todas las artificialidades mecano-fisi-quimi-productoras de «lo que convenga producir socialmente». Para ellos la Sanidad obrera no es despreciable, ni puede colocarla en segundo y último término una pseudo-economía que no merece los honores de la discusión tecnológica.

No hay una «contienda» entre los médicos y los ingenieros contando lo orgánico y lo anorgánico del trabajo, tal cual es hoy y pueda ser mañana; porque lo humanitario se impone á todos siempre y universalmente. «Los higienistas exigen leyes protectoras

contra la fatiga», y nadie es capaz de negar la urgente necesidad de que el obrero «se defienda» en proporción á los perjuicios causados por lo antihigiénico del trabajo.

Hay «fatiga cerebral», ante todas, anexa á la de uno, dos y más sentidos (vista, oído, olfato y tacto) como la hay de los nervios y músculos, de la voz y la palabra y también de las «estaciones» erecta encorvada, sentada, complicándolas la temperatura extrema estacional ó de máquina de vapor, horno, estufa. Además el «cansancio» de los brazos, las manos y las piernas por determinadas herramientas ó motores caseros, se añade al de la «atención» para leer, escribir, contar, vigilar una faena durante un período de dos, tres y más horas seguidas, de manera tal, en muchos casos, que lo tenido por «imposible» en una bestia domesticada, «se reputa hacedero» por el hombre.

Las rudas faenas del campesino, el marinero, el *docker*, el minero, el peón de brigada en construcciones de vía férrea, puerto, puente, etc., los trabajos penosos de las artes é industrias á cargo de oficiales expertos, las ocupaciones monótonas y sedentarias del trabajo á domicilio «son difícilmente reductibles á catálogo sistematizado» tomando por norma la «fatiga comparada» y agrupándolas por analogías y diferencias «patogénicas» ó causantes de enfermedad, invalidez y muerte «genuinamente profesionales».

Se comprende, por esto, que al plantearse la famosa teoría de «los tres ochos» como expresión genérica de la jornada «sanitaria», había de surgir una formidable «controversia» entre higiénicos y economistas, lógicamente obligados á «no desviarla nunca» de la Biología experimental, que no consiente el «apasionamiento» é impone la «verdad» por el puro «realismo» de los hechos observables y sus-

ceptibles de comprobación libérrima é inmediata con empleo de instrumentos contadores, tan exactos que debieran llamarse «micro-registros».

El presupuesto diario de la «vitalidad obrera» con su triple efectivo de «acción productora, descanso y esparcimiento» pudo parecer novedad atrevida y aun quijotesca á los privados de competencia biológica, pero no sorprendió ni un instante á los facultativos que remedian y palian las enfermedades del obrero cansado, extenuado, herido, inválido, intoxicado por exclusiva causalidad de su profesión.

Para los servicios sin peligro alguno, en oficinas, talleres ó en público, ocho horas «son garantía» de comodidad, y promedio muy aceptable para determinados obreros y empleados, pues pueden descansar, instruirse, hacer vida de familia y en el cuatrimestre Mayo-Agosto disponer mañana y tarde de luz natural, pudiendo trabajar «por su cuenta» y procurarse un suplemento de ingresos no despreciable, sin que esa laboriosidad ejemplar sea perjudicial y anti-higiénica.

En las ocupaciones de la grande industria y del maquinismo, de la labor subterránea, á la intemperie, con esfuerzo inevitable y *surménage* perenne, las ocho horas son un *máximum* evidente en esos casos prácticos concretos, ya que el operario no puede ganar más que su exclusivo jornal de profesión y con dificultad conservar la robustez, agilidad y aptitud indispensables para que en la tarea no haya *malfaction* (tara, chapucería) anti-económica á la vez para el capital y el operario.

Si la ocupación es intoxicadora ó químicamente mortífera por sí misma, las ocho horas no son ni siquiera un *mínimum* problemático, dado que según sea el veneno gaseoso, líquido, sólido y su combinación ó mezcla con el aire atmosférico se opere con ó sin confinamiento de éste, y el contacto tenga lugar

por imbibición, aposición, vaporización del agente que entra por la piel, los pulmones, la boca, los genitales (en la mujer), manos y pies, «bastarán» seis y cuatro horas al día para enfermar «irremediablemente» el obrero adulto y robusto, á pesar de los *protectives* inventados, más el perfeccionamiento de los aparatos cuyo cierre hermético dista de ser perfecto y continuo, por descuido ú otro motivo circunstancial.

En vano se demuestra en las naciones adelantadas que con ocho horas «la tarea se iguala» á la de nueve, diez y once, en razón á que el obrero conserva mejor todas sus energías, está más alegre ó menos distraído, ensimismado, hosco, y la mano de obra es irreprochable y superior á la común y ordinaria si mediare en ésta la fatiga habitual (1).

Precisa en la analítica de las tareas jornaleras, sanitaria y socialmente consideradas, tener en cuenta que existe y subsistirá durante algún tiempo—á pesar de la oposición que el sindicalismo hace para evitar la superproducción y el *chômage*—ese trabajo denominado *aux pièces*, á destajo, á precio fijo, á horas, expresión gráfica pero falaz de una libertad del trabajo «tan abstracta y absolutista» que funde en un solo molde la esclavitud del obrero y la tiranía de

(1) «500,000 obreros ingleses han obtenido la «jornada de ocho horas», y puede asegurarse sin la menor exageración que en las fábricas y talleres del Reino Unido será la regla sino general predominante antes de que finalice la actual generación». *John Rae. Eight Hours for Work. Lond., 1894 y Appen. p. 354, 1898. Arch. fur soziale Gesetzgebung und Statistik.* Traducción francesa de 1900. Paris. Los mineros de Northumberland y Durban no desean aún la fijación legal de la jornada. *Congr. intern. de Mineros, Paris, 1904. 9 Agosto.* El Senado Francés necesita más de 28 meses para fijarla de acuerdo con el Congreso de Diputados. En Bélgica de 111,251; 15,000 trabajan ocho horas, *ibid.*

la codicia, con apariencias de contrato bilateral superior á la ley y la costumbre, extrínseco á la Higiene y la Moral y de regresión al nomadismo.

Las exageraciones manchesterinas y los delirios agiotistas son públicos, frecuentes y de difícil evitación sin cambios muy profundos en la vida social.

Si el obrero «puede hacer» de su cuerpo lo que quiera, de su salud el uso que le acomode, y de la libertad de ocupación un abuso omnímodo, «es inútil» discutir acerca de jornadas y tareas, de jornales y enfermedades, buscando términos hábiles de «defensa sanitaria» y soluciones sociológicas de «justicia equitativa», ya que el capitalismo en tal supuesto no representa sino la oferta ante la demanda del operario, cuando la ardiente laboriosidad y gran pericia de éste le mueven á ejecutar trabajos excesivos y agobiadores, entonces voluntarios, que durarán poco, habiendo quiebra de salud y muerte precoz por temeraria imprudencia.

Son notorios los hechos extraordinarios de trabajadores, artistas entre artesanos por su talento y destreza manual, que sólo quieren trabajar á tanto la pieza, sometiéndose ó no al horario de reglamento, pero esto es excepcional y constituye una prueba contraria á la fijación del salario común, rígido é inflexible. Nadie ignora «cuándo, cómo y por qué» éste es más propenso á bajar que á subir, indicando tal hecho las profundas diferencias existentes en las ocupaciones obreras comparadas en totalidad, y con ello las categorías relativas que precisamente se deben á la «intelectualidad» exigida por el superespecialismo de la labor ejecutada tan sólo por algunos operarios distinguidos.

Las mayorías de jornaleros están sometidas al trabajo por piezas diarias concluídas y al horario del establecimiento, ó al concepto semanal de la faena encargada y cumplida estrictamente á precio fijo convenido de antemano.

El capitalismo no transige sino por excepción, es rutinario, prescinde de los postulados «sanitarios», se atiene por completo al «económico» y paga el trabajo á tanto el metro, la docena, el centenar, el millar... si la faena exige maquinaria y colectivismo público, militarizando á son de campana y sirena la brigada, *équipe*, de operarios diurnos y nocturnos; pero si la labor es casera poniendo condiciones durísimas, gráficamente calificadas de *sweating system*, que mejor fuera decir de *exhaustion* (agotamiento) por lo patogénico y homicida del trabajo, que además es clandestino y substraible al *contrôle*.

Siendo en el fondo la ardua cuestión social de jornada y faena un caso magno de «valoración» del trabajo humano, que es decir de «precio» del mismo, esa inacabable «antinomía» existente entre lo financiero y lo sanitario se «antepone» á toda consideración filantrópica, objetivando las condiciones de la materialidad de los «servicios obreros» y reduciendo á pura «contabilidad» los litigios perpetuos entre trabajadores, empresarios, explotadores, contratistas, etc.

No es de extrañar que á premisas falsas correspondan conclusiones desatentadas en este punto sociológico de Sanidad y de Ética, á perpetuidad unidas, que es por entero trascendental y culminante. Forzosamente se ha de convenir en que «á tiempos nuevos» por el maquinismo, la concurrencia mundial y la cultura cosmopolita «corresponden salarios y jornadas, costumbres y leyes también nuevas», inspirándose todas las clases en altos ideales de convivencia pacífica, no divagando capitalistas y empleados por espacios imaginarios que dan espejismos de explotación desentrañada en unos y en otros de producción sin armónico concierto de voluntades conscientes.

La Ciencia y la Técnica van fijando con exactitud

palmaria «las bases de una clasificación del trabajo», eludiendo la desastrosa lucha de clases, más lo que de ella se deriva, y las funda en leyes de la vida, tal cual ésta es posible dentro de la producción actual con sus novedades, reformas, cambios y transiciones en el modo de ser el empleo del hombre por el hombre.

Atendidos el especialismo y el artificio del trabajo, propuesto y presupuestable en cada caso concreto, «es forzoso dar á la salud obrera valor de cambio con cotización efectiva», para atemperar á aquélla la consciencia pública y convenir en que la «verdad biológica» ha de ser personal y sobre-económica siempre y en todo lo civilizador, dentro del más puro realismo presente objetivador, matemático y financiero.

Profundísimo es el cambio ya iniciado en la «apreciación de la normalidad» de muchas tareas jornaleras sometidas al «triple examen de la Ciencia, el interés colectivo y la Sanidad pública» sin que quepa ocultar los enormes conflictos existentes en la lucha titánica entablada entre capitalistas y trabajadores, sobre todo en los puntos concretos del «precio de tarea por jornada» y del «salario mínimo admisible» entre personas sensatas que quieren vivir en paz y civilizarse en sociedad.

Desde el momento en que el trabajo ha pasado, agrandándose, *contra natura*, de exclusivamente diurno á nocturno, de intermitente á continuo, «han de estatuirse dos clases de jornada en una misma tarea», la ordinaria y la extraordinaria, respetando por humanismo la «naturalidad ineludible» del descanso reparador durante la noche, y sabiendo cuán insuficiente es, por lo forzado, el sueño en las horas solares.

Yerran los que quieren prescindir, á sabiendas, de esa «condicionalidad absoluta» del sanitarismo obre-

ro como norma esencial del «horario soportable», y desbarran neciamente cuantos se empeñen en compensar con sobreprecios—no importa la cuantía—el «daño sufrido» por el que trabaja cuando debiera dormir y *viceversa*.

La «nocturnidad» unida á la «fatiga» operatoria profesional de una tarea jornalera, «no parecerá» acción inmoral ni delictuosa, no podrá incluirse en las «circunstancias cualificativas» del homicidio aleroso, premeditado, con ensañamiento, por precio ó promesa remuneratoria... no cabrá tampoco en las «atenuantes» de falta de intención dañina, de legítima defensa, de imprevisión manifiesta... porque alegando que una labor «no es interrumpible», que el negocio, con y sin crisis, y la concurrencia «obligan» á tener asalariados en dos grupos, *équipes*, de hombres, mujeres y niños, quedan excluidos al parecer delito y pecado *ipso facto*. Así el estadista puede actuar de contristado espectador, y á su ejemplo la opinión pública suele darse por enterada, pasando á estudiar otros problemas sociológicos no tan conmovedores, más amenos y de poco ardua resolución politico-administrativa en Higiene.

Otro tanto, en menor escala de notoriedad pero también anti-sanitario, debe decirse de las «fracciones de jornada», cualquiera que fuere su motivación, en especial de las que toman carácter de costumbre por estación del año — comercial, industrial — opuesta en un todo á la llamada *morte-saison*, calma en las modas, etc.

El estudio de los «abusos» de jornada, sin suplemento de retribución, á que se somete por evidente capricho á millares de obreras en el taller ó en su domicilio, «causa indignación y lástima», no importa que la faena sea estrictamente manual ó incorporada al automatismo de una máquina.

Además de las mayores de edad, esclavizadas por

el *surménage*, hay las adolescentes y las niñas, en sub-clase de aprendizas, aun de peor condición que las oficiales, pagadas aquellas con insignificante salario y también sin él durante dos y más años.

Son á miles las personas cuya pubertad se desenvuelve entre la anemia y el linfatismo por alimento insuficiente, falta de aire, sol y ejercicio indispensables, y sin embargo se hace poco caso de tal daño social gravísimo como pocos.

Urge ocuparse tanto de esas «dispersas» producciones obreras como de las «aglomeradas» en la grande industria, porque si la «indole» de ciertas jornadas conduce á la inmoralidad colectiva, mayor gravedad tiene su forma clandestina que la pública, en razón á que la corrupción de costumbres en los dos sexos tanto más se irradia cuanto menos sanción externa preventiva y cohibitiva puede tener.

En las jornadas «monstruosas é insoportables» radican: la locura precoz contemporánea, el neurosismo con impotencias funcionales de todos géneros, la prostitución regresiva (usos orientales), la criminalidad con el alcoholismo elevado al *summum* y el suicidio precocísimo, revistiendo éste formas nuevas sin distinción de edad, ya con caracteres de espantosa epidemia.

Nadie sabe «si habrá de substituirse el nombre de jornada por otro más propio» que califique fijamente la producción en sus peculiares detalles de calidad, número, modo, tiempo y otros secundarios, en aquella etapa venidera del civilismo tan anhelada que convierta en realidad la teoría «de dar á cada ciudadano lo suyo», retribuyendo el trabajo en su «justo» valor de cambio, no sólo utilitario, sino también sociológico.

Al llegar á esta «coordinación posible» pero lejana del «economismo y la sanidad» en Sociología, al discutir sin prejuicios baldíos la «norma de jornada

por faena y de salario por tarea», fuerza es reconocer la absoluta necesidad de encarnar la acción social en alguna entidad colectiva llámese *Estado perfecto*, Sanitario, colaborador-mutualista, etc., «un nuevo poder público» dotado de facultades efectivas y atributos objetivados que, sin dificultar la evolución libérrima de la especulación teórica, plantee las reformas sociales por grados y por totales, á fin de conseguir nuestros descendientes que la paz sea y el progreso se multiplique á virtud exclusiva del trabajo.

Si fuera dado hacer aquí la crítica de las reformas legislativas, desde el año último hasta terminar el trimestre del actual, que acortan la jornada en algunas tareas industriales sólo para los menores de edad, quedaría evidente la lentitud con que proceden los «intervencionistas reformadores» y lo insuficiente del sistema empírico «de concesiones», que los obreros califican de *tira y afloja* no sin motivo.

Con estas someras y abreviadas indicaciones tal vez pueda vislumbrarse el «estado nuevo» de la producción de riqueza profesionalmente obtenida, y formar concepto de las «dificultades» que ha de vencer la masa obrera para «dar forma legal» á sus reivindicaciones sociales de Sanidad y Economía. He ahí el sujeto del análisis que sigue inmediatamente al hasta aquí desarrollado.

CAPÍTULO QUINTO

PRODUCCIÓN Y CONSUMO

En Higiología social precisa analizar estos dos complejos fenomémicos respecto á sus causas y efectos, estudiando las leyes de la evolución que en las «personas y cosas» son observables como unidades del conjunto trabajador, al procurar todos nuestra conservación orgánica.

Los economistas, no la Ciencia, en la primera etapa descriptiva y explicativa, mejor que crítica, de la vida social mirándola objetivamente bajo uno de los aspectos de la riqueza, cual es el utilitario, han caído en el ilogismo funestísimo que consiste en posponer los productores á los productos, los trabajadores á su obra, la utilidad á la Sanidad y, en consecuencia, la prosperidad orgánica á la adquisición de fortuna, el sanitarismo al agio, el intelectualismo al negocio, la moralidad al lucro, y por virtud de estas antítesis, artificiosas cuanto morbíficas, han logrado casi «hacer repugnante la vida y muy difícil el acuerdo» en la familia productora universal.

Fatalmente el absurdo llama al absurdo (1) y to-

(1) *Absurdum absurdum vocat*, principio antiguo de Ciencia.

davía al investigar la génesis de los fenómenos económicos más culminantes y trascendentales no hay criterio valedero respecto á la «teoría malthusiana», como expresión exacta de la realidad etnológica concreta, y aquélla no pasa de ser una apreciación gratuita y prematura, en apariencia bien fundada pero errónea en todas sus partes.

La mayoría de los tratadistas reobran, con vigor, contra esa dirección primitiva del análisis sociológico mal fundado en una sola premisa, al parecer biotécnica pero falsa por completo y limitante de la producción de riqueza, puesto que refiere ésta á las cosas antes que á las personas, reduciendo éstas á instrumentos de trabajo con valor de cambio respectivamente supremo é ínfimo.

Es inexacto que las subsistencias crezcan en progresión aritmética y la población aumente en otra geométrica, pues así lo demuestran los datos positivos en las cinco partes del planeta, y es de creer que el puritano escritor inglés opinó según permitían á la sazón los estudios etnográficos y demo-estadísticos reunidos en número escasísimo, para fundar sobre tal base una deducción tan importante.

Así limitada con tal error la producción de riqueza en la materialidad de los productos y respecto á la sobra de consumidores, no será exacto pero tendrá alguna apariencia de razonable todo cuanto se proyecte en concreto para que el profesionalismo sea lucrativo y el trabajo resulte remunerador, pues siendo falsas las premisas, las consecuencias han de serlo también. De ahí que «producción» signifique casi exclusivamente obtención de «cosas» con valor de cambio, cotizables, en circulación, transformadas y distribuidas de vario modo, respetando ciertas costumbres, creando cuantas convenga al mayor desenfreno de la expansividad pasional de nuestro organismo, porque si el tiempo es oro, resulta el

affairisme la religión del día, ya que no anterior, superior á todas las demás.

Así el «consumo» se refiere por completo á los productos elaborados, al objeto, á la mano de obra, casi siempre ó de preferencia, anorgánico (inanimado) siendo á todas luces preferente averiguar el «gasto» de vigor, salud, vida del operario empleándolos en su faena expresa, al fin de ser ésta superior en todo á la peculiar del maquinismo y la bestia domesticada. Conviene mucho suponer que la civicultura no resulta nombre vano y que la razón humana puede dirigir el movimiento social en la producción de riqueza, haciendo compatibles la paz y la salud por obra de la Ciencia universal.

Débase á la Biología médica la formación de la Higiene social, y á ésta ha de apelar la Economía para ser científica y respetable, con eficacia bastante sobre los sistemas que pueden influir en el adelanto de la vida civilizada algo mejor que las hipótesis comparables á la de Malthus ú otras menos ruidosas y á la última moda. O el economismo es biológico-social ó no tiene razón de ser. La Higiene de la producción y del consumo antes ha de analizar los fundamentos de la «viabilidad» del obrero (1) que las bases de la «riqueza», sin salir del objetivismo natural y teniendo necesariamente en cuenta la «prioridad» de la aptitud técnica relacionada con la acción productora como lo está el efecto á su causa.

No extreman la analítica los sociólogos economistas en sus investigaciones materializadas, de grado ó por fuerza, exagerándolas por excepción mientras fundan las llamadas leyes de la producción, el cambio, la concurrencia, etc.; pero hasta hoy no se nota en los tratadistas la influencia que la madre

(1) Capacidad para vivir, existir, funcionar normalmente.

Biología tiene de modo directo sobre la familia colateral, formada por individuos muy doctos en Ciencias exactas y físicas, por cuanto ortodoxos y heterodoxos no admiten la prioridad de los problemas médico-sociales comparándolos con los financieros, administrativos, y subordinándolos todos, incluso los políticos y religiosos, á los protocivilizadores por sí mismos que son los sanitarios.

Puede no escandalizar pero acaso sea chocante el planteo de las cuestiones económicas por el biólogo médico afirmando v. gr.: *a)*, que la «producción de hombres» sanos y robustos, aptos é inteligentes para la acción social no puede estudiarse sino de modo paralelo al «consumo de operarios» enfermos, inválidos, muertos profesionalmente; *b)*, que el utilitarismo sería la negación de la Ética separándose ésta un solo instante de la Higiene; *c)*, que la «cultura del obrero» nunca ha de ser explotación de su organismo, confundiendo, como hasta ahora sucede, lo racional con lo inhumano; *d)*, que la «transformación de la salud» en obra manual no puede operarse en razón directa del perfeccionamiento de los instrumentos del trabajo sino prohibiendo la fatiga; *e)*, que en la vida social es insensatez manifiesta fundar bases de producción económica apelando á fórmulas absolutistas para resolver problemas eternamente relativos; *f)*, que las «necesidades viscerales» pueden modificarse muy poco en sociedad humana, como lo prueban el «desespero y el odio» consecutivos al pauperismo obrero en contraste con el capitalismo agiotista; *g)*, que las coligaciones de clase(1) son reflejos de una sola enfermedad artificial contra-sociológica, el «abuso de poder autoritario maridado con la inopia crónica de los asalariados»; *h)*, que para

(1) Huelgas, *locks-out*, *cartells*, *trusts*, *pools*, *rings*, *boycottages*, etc.

el «diagnóstico» de lo anti-social está próxima la unanimidad de pareceres técnicos, y si cabe alguna discrepancia en el «pronóstico» depende de la multiplicidad de los «tratamientos» propuestos y de la ineficacia evidente de éstos... etc.

No causa extrañeza, en consecuencia, que la Puericultura y la Maternología surjan en Higiene al par del movimiento obrero, unificador del Sanitarismo y uniformista de la emancipación proletaria, convergiendo así la acción de los intelectuales sociólogos con la de los desheredados productores en beneficio de la paz.

Conocidas varias leyes fatales de la vida orgánica se concretan «objetivados» analíticamente los fundamentos de la Sanidad social, específicos y detallados sin menester adornos ó apoyos externos, ya que las «exigencias orgánicas íntimas son autopersonales y automáticas é irresistibles.» Hay evidente aberración mental en no dar al «cultivo de la Sanidad obrera» el *máximum* de importancia por mera perentoriedad de «producción útil», concediendo en cambio valor, exagerado á veces, á las Artes industriales, agrícolas, comerciales, cual si la explotación de la riqueza de cada una y de todas no dependiera del normalismo llamado «paz pública» y ésta no fuera consecutiva á la «vitalidad armónica» de los ciudadanos.

Urge considerar «asimismo objetivados» el valor de los productos y el del organismo que los obtiene, circula, tasa y utiliza. Tan materializada debe considerarse la oferta y demanda de productos como la de organismos obreros. Es indispensable dar valor de cambio «á la vida sana del productor» antes que al oro y la plata, las manufacturas y los servicios. Carece de valor de cambio la vida sana del obrero empleada en el aumento de la riqueza pública, y por esto no se respeta sino en caso excepcional, de fuerza mayor, el derecho innato del asalariado á

producir aquello que su aptitud le consiente en el modo y la forma, el tiempo y el lugar de su elección preferente.

No hay cosa en el consumo que no pueda «valorarse circunstancialmente», atendiendo á las necesidades del mercado de Enero á Diciembre, á las vicisitudes de la política internacional, á las calamidades públicas, á los vaivenes de la moda, al batallar del vicio predominante, á la costumbre, la rutina y tan sólo la «robustez del operario» no tiene sitio en el *stock* objetivo financiero por propio derecho, mientras que por otra parte «se tarifa el empleo diario del trabajador» en junto y separadamente del de las máquinas y las bestias.

En el «presupuesto» de los servicios, públicos y privados, al calcular el valor del sueldo y jornal se rinde culto exclusivo á la «tasación» de los mismos, justipreciando con notoria arbitrariedad lo que cuesta en moneda el empleo de la actividad personal, suponiendo que «vale menos» la «capacidad» del trabajador que el «objeto» producido por él.

La mentalidad del operario es materia primera para transformar y aprovechar las substancias naturales y crear muchísimas que son objetos obtenidos á virtud del Arte y la Ciencia; de consiguiente el «productor ha de valer siempre más que lo producido». El valor de la vida crece en proporción á la trascendencia social de la operatoria de la mente y el cuerpo productores. La valoración de la salud necesaria para producir, es el primer presupuesto anual que las Naciones deben formar, para que la «propiedad orgánica» sea respetada con mayor motivo que la involucrada en las cosas; de lo contrario valdría socialmente más el medio que el organismo, y esto no puede ser, aun cuando hay empeño en que sea desde el comienzo del civilismo oriental fundado sobre todo en la esclavitud del obrero.